



NOVELAS SOCIALIZADORAS PARA EDUCAR AL SOBERANO

MOLINA, Hebe Beatriz (UNCuyo-CONICET)¹
hebemol@logos.uncu.edu.ar

RESUMO: Os jovens da Geração argentina de 1837, liderados por Esteban Echeverría, propõem-se a conseguir a independência cultural, o que implica na argentinização das práticas sociais, entre outros fatores. No âmbito literário, primeiro procuram fazê-lo por meio do artigo de costumes; logo após, pelo romance. Os próprios autores (principalmente Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y Ángel Julio Blanco) justificam sua escolha do gênero romanesco como instrumento formativo, propondo uma teoria literária básica, segundo a qual a moralidade e a verossimilhança são características essenciais de todo romance, tanto o histórico como o sentimental e o de costumes. Para que o relato ficcional se converta em modelo de vida, os romancistas pretendem que seus textos sejam um “espelho” no qual se reflita a sociedade tal qual é, mas este espelho não é plano (objetivo e verídico), porém côncavo pois, mesmo quando mostra a realidade com certo realismo, é subjetivo e idealizador. Neste artigo revisaremos a poética do romance que configura estes escritores, particularmente no que se refere ao modo como o discurso romanesco “reflete” a sociedade e propõe a axiologia ideal que deveria regular as práticas sociais da nova nação.

PALAVRAS-CHAVE: Romance argentino; romance de costumes; Vicente Fidel López; Bartolomé Mitre; Ángel Julio Blanco.

RESUMEN: Los jóvenes de la Generación argentina de 1837, liderados por Esteban Echeverría, se proponen alcanzar la independencia cultural, lo que implica la argentinización de las prácticas sociales, entre otros factores. En el ámbito literario, primero intentan hacerlo por medio del artículo de costumbres; luego, a través de la novela. Los propios autores (principalmente Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y Ángel Julio Blanco) justifican su elección del género novelesco como instrumento formativo proponiendo una teoría literaria básica, según la cual la moralidad y la verosimilitud son los rasgos esenciales de toda novela, tanto la histórica como la sentimental y la costumbrista. Para que el relato ficcional se convierta en modelo de vida, los novelistas pretenden que sus textos sean un “espejo” en el que se refleje la sociedad tal cual es, pero este espejo no es plano (objetivo y veraz) sino cóncavo pues, aun cuando muestra la realidad con cierto realismo, es subjetivo e idealizador. En este artículo revisaremos la poética de la novela que configuran estos escritores, particularmente en lo relativo al modo en que el discurso nove-

lesco “refleja” la sociedad y propone la axiología ideal que debería regular las prácticas sociales de la nueva nación.

PALABRAS CLAVES: novela argentina; novela de costumbres; Vicente Fidel López; Bartolomé Mitre; Ángel Julio Blanco.

Esteban Echeverría, cuando expone las “Palabras simbólicas” del *Dogma socialista*, texto emblemático de la Generación de 1837, realiza un somero pero terminante diagnóstico: “Somos independientes, pero no somos libres. Los brazos de España no nos oprimen; pero sus tradiciones nos abruma” (1972, p. 148). También indica el remedio: “Un orden político nuevo exige nuevos elementos, para constituirlo. Las costumbres de una sociedad fundada sobre la desigualdad de clases, jamás podrán fraternizar con los principios de igualdad democrática” (1972, p. 146). El maestro de la Joven Generación Argentina propone entonces a sus discípulos concebir la política como un medio para difundir la educación y así, por medio de ésta y de una literatura con identidad propia, “crear un proyecto de cultura nacional” (PÉREZ, 2002, p. 13). La ecuación es clara: para una sociedad nueva, nuevas costumbres; es decir, para una sociedad argentina, costumbres argentinas; para cambiar las costumbres hacen falta escritores que con la palabra corrijan las prácticas coloniales y muestren el camino para la transformación social. La literatura “socialista” o “progresista”, como ellos mismos la denominan, debe estar al servicio de ese proyecto civilizador.

Uno de los nudos problemáticos que se les presenta en torno a ese programa políticocultural radica en la elección del tipo textual más adecuado para transmitir tales ideas y para lograr convencer al mayor número posible de ciudadanos. En la “Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37”, Echeverría juzga que el artículo de costumbre al estilo de Larra es la forma literaria “tal vez más eficaz y provechosa en estos países” hispanoamericanos (1972, p. 84). El periodismo – gracias a las mejoras tecnológicas introducidas en las imprentas – se expande con rapidez y llega a más hogares que el libro. La incorporación del folletín, que –si bien puede incluir diversas clases de textos literarios– se especializa en la novela, ensancha la curiosidad del lector y también amplía el espectro de los destinatarios al interesar también a las mujeres. En consecuencia, las mejores alternativas que se presentan, las más accesibles para promover un cambio rápido en las prácticas sociales, son el artículo de costumbres y la novela, ambos en auge.

Esa labor educativa, sin embargo, no será muy fácil para los escritores debido sobre todo a las características propias de esos tipos discursivos, muy cuestionados por aquel entonces, incluso por los mismos autores. No obstante, particularmente

la novela se impondrá como medio formativo gracias a la fundamentación teórica que los propios novelistas expondrán en defensa del género. En estos debates, que alcanzan difusión pública, se destacan algunos autores ahora reconocidos – como Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López – y otros ya olvidados – Ángel Julio Blanco y Heraclio Fajardo – pero que también han contribuido a la aceptación social de este tipo literario y, por consiguiente, a su afianzamiento como medio predilecto para la argentinización de las costumbres.

En este artículo revisaremos la poética de la novela que configuran estos autores, particulamente en lo relativo al modo en que el discurso narrativo ficcional “refleja” la sociedad y propone la axiología ideal que debería regular las prácticas sociales de la nueva nación.

DEL ARTÍCULO DE COSTUMBRES A LA NOVELA

En las letras argentinas el artículo costumbrista ha proliferado desde el primer periódico, *El Telégrafo Mercantil* (1801) (VERDEVOYE, 2002, p. 154). Echeverría mismo publica uno – “Apología del matambre” – en *El Recopilador de Buenos Aires* y en *El Republicano* de Montevideo durante mayo de 1836. Según demuestra Beatriz Curia, “[e]n el matambre, manjar de neto origen argentino, condensa Echeverría varios rasgos de lo que podría llamarse *nuestra identidad*” (2006, p. 83).

Como tipo textual específico, el artículo de costumbres señala las lacras sociales con el dedo acusador de un narrador crítico y ácido. El objetivo del ataque es cualquier persona o situación de la vida cotidiana; por lo tanto, establece una división social tajante entre los *acusados* –los otros, el ciudadano común – y el *acusador* – el intelectual –, que es al mismo tiempo juez que sentencia. Cuando estos autores-acusadores son jóvenes y sin autoridad social – como les sucede a los de la Generación del 37 –, sufren el rechazo de la mayor parte de la sociedad adulta, de los conservadores que añoran todavía los beneficios que tenían durante el sistema colonial español, y del gobierno paternalista y autoritario de Juan Manuel de Rosas. Incluso otros jóvenes – como Florencio Varela – disienten de sus propuestas revolucionarias y desconfían de las cualidades de estos “reformistas” (WEINBERG, 1977, p. 72-77; 187-193). En consecuencia, la crítica y la acidez generan enemigos más que ciudadanos conversos y, por ende, el artículo de costumbres no produce el efecto deseado.

La otra alternativa es la novela, género nuevo, sin antecedentes en el Río de la Plata. Este cambio de opción no parece ser consciente al comienzo, pero se

advierte claramente en los dos semanarios más representativos de la Generación del 37: *La Moda* (1837-1838) de Buenos Aires, y su continuación, *El Iniciador* de Montevideo (1838-1839). En el *Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres* abundan los artículos de costumbres – ya que de *modas* se trata – y las notas sobre literatura se refieren sobre todo a la poesía y al teatro; en cambio, en el periódico uruguayo de Miguel Cané (p.) y Andrés Lamas, empiezan a aparecer comentarios sobre el “romance” y se incorporan – sobre todo, en el segundo tomo de *El Iniciador* – narraciones ficcionales de diversos orígenes y hasta dos novelitas de tono sentimental y trasfondo histórico-político del propio Cané: “Dos pensamientos” y “Una historia”; en sentido estricto, las dos primeras de las letras rioplatenses (CURIA, 2006 a)².

El paso de la preferencia de un texto al otro es lento porque ambas formas provocan rechazo: el artículo de costumbres, por la insolencia del narrador; la novela, porque trata historias sentimentales que enfrentan las “buenas costumbres”. El futuro novelista e historiador Vicente Fidel López, en un artículo de *La Moda*, “Importancia del trabajo intelectual”, reprocha a los profesionales y comerciantes:

[...] que pierdan su tiempo de ocio leyendo, si lo hacen, novelas inmorales, vacías ó ridiculas – como el Hijo del Carnaval, la Abadesa, el Solitario, el Renegado y tanta otra que, como estas, no sirven sino para extraviar la razón y el gusto, y por hacerlos incapaces hasta de leer dos páginas seguidas, no solo de un libro serio y útil, sino también de un buen romance; de un romance como los de Walter Scott, los de Victor Hugo, Vigny, Saint-Beuve y demás romancistas de genio (*La Moda*, 1938, p. 187)³.

López resume las críticas habituales que reciben por aquel entonces algunas novelas – las “inmorales, vacías ó ridiculas” – y también recurre a la táctica más frecuente por medio de la cual se defienden otras: el recurso a la autoridad de renombrados escritores europeos y a su condición de “genios”. Entonces se produce una doble paradoja: por una parte, que los intelectuales – futuros novelistas – fomentan estas lecturas al tiempo que recomiendan cautela, pues se mantiene la acusación de inmoralidad que – por diversas concepciones – pesan sobre ellas desde el siglo XVIII (MOLINA, 2006); por otra parte, que se utilice un elemento extranjero para nacionalizar costumbres. Tengamos en cuenta, además, que los argentinos leen novelas desde mucho antes de que se animen a escribirlas y estos ensayos novelescos recién nacidos deben competir con producciones extranjeras ya consolidadas.

No obstante, poco a poco los escritores van descubriendo las ventajas de la novela, sobre todo, que sea un tipo textual flexible pues no está condicionado por la

preceptiva neoclásica, por no ser un género aristotélico. La novela nace huérfana de respaldo académico. A los novelistas no les queda otro recurso que apelar a los buenos modelos, aunque sean europeos. A través del folletín, de la publicación por entregas y del sistema de suscripción previa, las obras se pueden difundir por todas partes, o sea, tanto en hogares argentinos como extranjeros. Además, estas ventas aseguran algún dinero a los autores que – como Cané, López, Mitre y Mármol – viven en el exilio. Dado que las ventajas superan a las desventajas, los escritores deciden adaptar el género a la finalidad “socialista” y nacionalizarlo (MOLINA, 2008 b).

El concepto de literatura socialista resulta de un movimiento dialéctico, de la síntesis entre lo universal del clasicismo y lo individual del romanticismo. En un artículo de *El Iniciador*, Juan Bautista Alberdi sintetiza la “fórmula completa”: “[c]ombinar la patria y el individuo, el pueblo y el ciudadano, y en el equilibrio armonico de esta combinacion esta encerrada la solucion del problema social” (1941, p. 181). En esta fórmula la novela tiene un lugar destacado, a pesar de que es “la poesía individual” (1941, p. 182).

En las preceptivas españolas, la novela es incorporada como “historia fingida”, pero “su temática amorosa y su finalidad de entretener (*delectare*) afectaban a la compleja moralidad censora de los neoclásicos” (GONZÁLEZ ALCÁZAR, 2005, p. III). Sólo la posibilidad de usarla como canal de instrucción “para conocer la vida y las costumbres de los hombres [...] salva a la novela” de las acusaciones de inmoralidad que pesaban sobre ella (GONZÁLEZ ALCÁZAR, 2005, p. II2).

Este argumento basado en el didactismo también es empleado por los teorizadores argentinos. Vicente Fidel López, en su *Curso de Bellas Letras*, define la novela como una idealización verosímil de la realidad, y de una parcela muy precisa de esa realidad: la “vida privada o doméstica” que complementa la “vida pública ó istórica” (1845, p. 295) que es asunto de la historia y de la épica, ya que cada persona tiene una cara pública y otra privada. En la sociedad democrática a la que se aspira, la vida cotidiana de los ciudadanos también es materia interesante y útil. Y, porque la finalidad es elevada, los requisitos son exigentes:

Su objeto primordial es pintar la vida doméstica i ennoblecer los afectos, qe resultan de estas relaciones morales en qe se apoya la familia. De aquí, nace la necesidad de qe la novela sea *moral* es decir; qe renueva [*sic*] en nosotros las afecciones, qe les dé impulso, qe les dé enerjia, i sirva para provocar fuertes simpatias en favor de todo lo qe sea análogo al orden, a la armonía i a la libertad doméstica, i qe puede servir para purificar la conducta qe cada individuo deba guardar al practicar los deberes qe le corresponden (1845, p. 296).

López no propone una moralidad de tipo neoclásica – como aplicación de normas universales, abstracta (VAN THIEGEM, 1963) – sino una que implica respuesta ética a conductas personales. Seguramente, tiene en cuenta la diferencia entre texto moral y texto moralizador según la distinción formulada por Benjamin Constant en sus *Mélanges de littérature et de politique*, que el argentino traduce y copia en uno de sus cuadernos de apuntes:

[] La moral de una obra de imaginacion se compone de la impresión q. su conjunto deja en el alma; si cuando uno deja el libro se encuentra mas lleno de sentimientos dulces, nobles, generosos q. antes de haberlo empezado, la obra es moral, y de una alta moralidad. [...]
Una obra de imaginacion no debe tener un objeto moral, sino un resultado moral (LÓPEZ, Doc. 5451).

En esta línea argumentativa se entiende que López adhiera a los juicios de Antonio Gil de Zárate respecto a que la novela española por excelencia es el *Quijote* o que la “mayor perfeccion” la alcanza la novela histórica de Walter Scott porque le ha dado a esta clase de composiciones “toda la utilidad de que son susceptibles” (citado por LÓPEZ, 1845, p. 298-299). De su propia cosecha, López agrega:

[] La novela [...] es una obra de partido i qe puede servir con eficacia para favorecer toda clases de miras. Como la novela pone en accion toda clase de caractéres, puede sublimar los unos i humillar los otros, promoviendo simpatías o antipatías llenas de veemencia i capaces de servir poderosamente las pretensiones del autor (1845, p. 302).

El propio López se dedica a escribir novelas; elige la vertiente histórica al estilo de Walter Scott para denunciar todas las formas de despotismo, tanto la de los turcos cuando invadieron Grecia en *Alí Bajá* (Santiago de Chile, 1843), como la de la Inquisición y del gobierno colonial español en *La novia del hereje o La Inquisición de Lima* (versión completa: Buenos Aires, 1854-1855). A pesar de que la novela histórica es la variedad más afamada, concita poco la atención de los escritores, tal vez porque la historia propiamente argentina, o sea, desde 1810 no había sido estudiada lo suficiente. Solo seis novelas organizan la trama ficcional en torno de algún episodio de la gesta independentista: *Soledad* (1847), de Bartolomé Mitre; *Una noche de boda* (1854), de Miguel Cané (p.); *El isleño: Episodio de la guerra de la Independencia* (1857), de Manuel Romano; *María de Montiel* (1861), de Mercedes Rosas de Rivera; *El capitán de Patricios* (1864), de Juan María Gutiérrez, y *El pozo del Yocci* (1869-1870), de Juana Manuela Gorriti. A esta lista podemos

agregar *Capitán Vargas* (ca. 1846), novela inconclusa y todavía inédita de Vicente F. López.

El patrón de la novela como “obra de partido” es aprovechado por José Mármol, quien en *Amalia* (Montevideo, 1851-1852; versión completa: Buenos Aires, 1855) construye, desde un enfoque prospectivamente histórico, dos mundos antinómicos totalmente irreconciliables: el patriótico, justo y magnánimo de los protagonistas – Daniel y Eduardo, los jóvenes de la Nueva Generación y los unitarios – vs. el perverso y abusivo del antagonista por antonomasia, el tirano Juan Manuel de Rosas. Esta visión dicotómica de la Argentina de 1840 pronto se convierte en modelo novelístico y genera lo que hemos denominado el Ciclo de la Tiranía (MOLINA, 2007), compuesto por una docena de textos, tanto de varones (Estanislao del Campo, Laurindo Lapuente, Felisberto Péllissot, Toribio Aráuz, José Víctor Rocha, Carlos L. Paz, Francisco López Torres, Federico Barbará y Eusebio F. Gómez) como de mujeres (Juana Paula Manso de Noronha y Juana Manuela Gorriti). El propósito de la mayor parte de estos escritores es doble: no solo recordar ese nefasto período político sino también alertar sobre posibles futuros tiranos; en definitiva, dar una lección histórica a los ciudadanos.

EL DISCURSO NOVELESCO COMO ESPEJO CÓNCAVO

Durante su exilio en La Paz, entre 1846 y 1847, Bartolomé Mitre dirige *La Época*, primer periódico cotidiano de Bolivia en el que – por esos años – se incorpora el folletín. Las novelas en él editadas son luego vendidas como separatas del mismo diario, en la llamada “Colección de folletines de *La Época*”. En este marco, Mitre publica *Soledad* (1847). Precede este texto un prólogo en el que organiza argumentos a favor de la novela: América no ha tenido hasta ese entonces novelistas destacados porque este género nace en el segundo período del desarrollo de los pueblos; su momento ha llegado. La novela es la “vida sujeta á la lójica” (1928, p. 94) y, por ello, puede servir de instrumento educativo y de propaganda internacional:

La novela popularizaría nuestra historia [...], pintaría los [sic] costumbres originales y desconocidas de los diversos pueblos de este continente [...] y haría conocer nuestras sociedades [...] representándolas en el momento de su transformación, cuando la crisálida se transforma en brillante mariposa (1928, pp. 94-95).

Además de caracterizar la novela como un medio de conocimiento y de propaganda entre pueblos, Mitre propone al pueblo boliviano primero y al

hispanoamericano por extensión, que se anime a iniciar ese segundo estadio, o sea, que crezca como sociedad nueva y renovada. Él mismo, en su novela, plantea un modelo de sociedad, no perfecta pero sí perfectible, en donde los problemas los resuelven las personas virtuosas de forma ética (UNZUETA, 1996, p. 142-170; 2006).

En esta conceptualización de la novela, interesa destacar la metáfora que emplea el autor de *Soledad*: “Es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo jeneral profundas meditaciones o saludables escarmientos” (MITRE, 1928, p. 94). De modo similar a López, Mitre opina que la novela refleja la realidad con un alto grado de fidelidad y que, si en ella aparecen seres viciosos, la culpa no es del novelista sino de la realidad, que los contiene.

El espejo, como ha explicado detalladamente Meyer Abrams, es la metáfora que repiten los neoclásicos para sintetizar su teoría de la poesía como imitación de la realidad, pero no de cualquier realidad sino de una que – por razones morales – es despojada de particularidades, es generalizada y universal⁴. En cambio, en la definición de Mitre se confunden el principio neoclásico de la imitación con el axioma romántico de la obra de arte como manifestación de la subjetividad del autor, de modo tal que ese espejo del que habla Mitre no es uno plano (como el paradigma neoclásico proponía), sino uno cóncavo⁵.

Cabe ahora preguntarnos acerca de cómo inciden estas teorías en la producción novelística. Mitre, López y los cincuenta novelistas (varones y mujeres) que publican entre 1850 y 1870 anclan sus personajes en Buenos Aires, Chaco, Lima, Madrid, Florencia o en cualquier otro lugar geográfico puntual y reconocible (con la excepción de unos pocos relatos de Juana Manuela Gorriti). Los diversos narradores, en diálogo permanente con sus destinatarios, aseguran una y otra vez que los hechos narrados son “verídicos” o “históricos”, que han sido testigos de los hechos o han conocido personalmente a los protagonistas, quienes les han contado sus cuitas, siendo todos ellos dignos de confianza. En otras palabras: acercan el espejo a la realidad para que el lector la reconozca y crea en la historia contada que ocurre en ese escenario identificable, por lo tanto verosímil. Esto se observa especialmente en los relatos sobre la tiranía de Rosas: el autor-narrador se esfuerza por que parezca que la novela refleja la realidad sin desviaciones. Pero la novela es un espejo cóncavo: el mayor acercamiento entre el objeto y el espejo permite una mejor definición de la imagen, pero el tamaño del objeto imaginado es mayor que el original. Rosas y sus secuaces son, entonces, una impresión nítida pero agrandada respecto del original.

El procedimiento contrario, el distanciamiento entre realidad y novela que se produce cuando el autor ansía plasmar un mundo más ideal y más puro, ocasiona

que la realidad se vea desdibujada y en forma invertida: ya no es real sino pura ficción. El discurso narrativo se vuelve entonces más inverosímil y, por ende, menos atractivo. Menos atractivo, entiéndase, para un público lector todavía bastante conservador como el de Buenos Aires de mediados del siglo XIX. Esto ocurre sobre todo respecto de las novelas de temática puramente sentimental, con escaso anclaje en una circunstancia sociohistórica bien delimitada.

Es importante aclarar que estas relaciones entre realidad y mundo representado no son necesariamente estables en una misma novela. El autor-narrador acerca o aleja el espejo según la situación, pues no le conviene que la verosimilitud se convierta en exigencia de veracidad, aun más, de verdad histórica irrefutable. Para ejemplificar estos movimientos especulares, he elegido una novela sentimental hoy casi desconocida, la cual – en medio de tópicos muy estereotipados – presenta la novedad de cuestionar la verosimilitud romántica. Se titula *Carlota o La hija del pescador* y aparece publicada en el folletín de *La Tribuna* en abril de 1858. Su autor es Tomás Gutiérrez, un joven de alrededor de diecinueve años por ese entonces, del que se conocen tres novelas más: *El destino o La venganza de una mujer* (1857), *Nunca es tarde cuando la dicha es buena* (1858) y *La maldición o El compadrito* (1859), además de poemarios y obras dramáticas.

Carlota comienza como muchas novelas románticas por la descripción de una noche tormentosa y de una casa costera, en una ciudad que el autor no necesita nombrar pues se identifica rápidamente con Buenos Aires:

[] El año de 18... habia hecho mas de la mitad de su carrera. [...]

[] Serian apenas las seis y media de la tarde.

[] Negras nubes preñadas de lluvia, llenaban el vacio, y el relámpago que recorria los espacios, bosquejaba en sus fúnebres crespones caprichosas figuras de deslumbrante fuego.

[] Un viento recio del Sud-Este, batia rama con rama la frondosa copa de los corpulentos ombúes, levanta[n]do en imponentes olas coronadas de espuma las aguas del hermoso Rio de la Plata. [...]

[] Tristísimo era el espectáculo de la tempestad á esas horas tan tristes por si mismas y mas tristes son los alrededores del convento de los Recoletos con sus altísimas barrancas y sus árboles solitarios.

[] Es allí donde pensamos llevar á nuestros lectores⁶.

[] Por los tiempos en que pasan los sucesos que vamos á narrar, habia en el fatídico hueco ó plazuela que sirve de espacioso átrio al dicho convento, varios ranchos ó chozas de labradores (20 abr. 1858).

La descripción avanza de lo generalizado a la particularidad de las casas que

están en lugar preciso: al costado del convento de los recoletos. Otros detalles posteriores ayudarán a crear una imagen verista. Además, en el tercer folletín, cuando el narrador está por presentar otro momento tormentoso para la naturaleza y para los personajes, reflexiona sobre lo que está por describir y lo hace desde una perspectiva que podríamos calificar como positivista, fomentada quizás por los estudios de agrimensura de Tomás Gutiérrez:

[...] Existe la creencia en cierto modo quimérica de que la naturaleza acompaña en sus desgracias al mortal, enlutando sus galas en aquellas situaciones últimas y escepcionales de su vida, será verdad? no lo creemos, y sin embargo las apariencias, ó la casualidad, mas bien, lo sanciona, aunque pensamos que somos nosotros únicamente los que metamorfoseamos la natura segun el estado de nuestra alma.

[] Mil veces nos ha sucedido estar alegrísimos, y esas mil ocasiones nos ha parecido cuanto nos rodeaba tan alegre como nosotros, aunque el cielo haya estado velado por la tormenta [...].

[] Luego, no hay duda, somos nosotros, ó es la casualidad solamente.

[...] Lo hemos creido siempre, con la frialdad del que raciocina; asi pensábamos ayer, exentos de los grandes sentimientos de la tierra; lo creemos hoy? no, porqué? Porque hoy padecemos, hoy estamos afectados por la agitacion de sentimientos hondos y encontrados.

[] Tal dirian los personajes que vamos á ver (23 abr. 1858).

Gutiérrez acerca el espejo cóncavo a la realidad, pero ésta se ve menos luminosa. Aleja entonces el espejo; aún más, el propio autor se vuelve reflector de la realidad interior y pasional que lo constituye. No obstante, el problema de la verosimilitud no se resuelve totalmente. Un poco más adelante, el narrador enfrenta una posible objeción a la lógica de su diégesis:

Nuestros lectores al leer estas palabras que pongo en boca de Alberto Castillo, se sorprenderán, diciendo quizás en sus adentros que hay inverosimilitud en ellas, puesto que si Alberto había amado tan apasionadamente, era muy repentina é innatural su frialdad, ó indiferencia, hácia el objeto de su antiguo amor. Pero no hay tal (26-27 abr.).

El narrador enumera luego unas cinco razones que justifican el interés naciente de Alberto por Carlota, a contracara de su "antiguo amor" por Enriqueta, quien resulta ser hermana menos de la protagonista. Termina el debate con estas palabras: "el lector puede pensarlo de otro modo, mas esa es nuestra opinion".

El foco de atención pasa de la *verdad* aprehensible por la razón, fundamento neoclásico e ilustrado, a la *verdad* de los sentimientos del poeta romántico. El *espejo* de la realidad se vuelve un *espejismo*, o sea, una ficción subjetiva con la que, no obstante, los novelistas intentan construir una Argentina verosímil.

LA ESTRUCTURA NOVELESCA COMO VEHÍCULO FORMADOR

La finalidad socializadora no es privativa de ningún tipo de novela: la histórica da lecciones de historia, la sentimental enseña a dominar las pasiones y la costumbrista educa criticando los hábitos deshonorosos. Pero el ámbito evocado no es el mismo en cada caso: la historia evocada es nacional, las pasiones son universales, las costumbres – en cambio – caracterizan individualmente a los pueblos mientras los valores morales sobre los que se sustentan pertenecen a la axiología cristiana, de alcance mundial.

Ángel Julio Blanco es el único novelista de nuestro amplio corpus que subtítulo un texto como “Novela de costumbres”. En la dedicatoria a José Manuel Lafuente que sirve de prólogo a *Luis y Estevan*, aclara que su finalidad es sencilla: “describir costumbres propias” (1859, p. 9), o sea, argentinas. Explica que las “costumbres, la organización, el clima, las condiciones morales del individuo son causas de variación en la esencia y efecto de las pasiones”; en consecuencia, las pasiones no “son de toda la humanidad, de todas las épocas y siempre las mismas” (1859, p. 9). Pero Blanco, según confiesa en ese mismo texto, no ha podido cumplir su propósito plenamente, sino solo “*localizar* las escenas”, por una falencia de la realidad argentina:

[...] no tenemos nada nuestro: [...] somos como los monos, imitadores, ó como los chinos, rutineros—ó nos estacionamos ó copiamos; esa es nuestra vida.

Una costumbre sola nos pertenece y debemos reclamar su privilegio – la de no estar en paz ni aun con nuestra conciencia; – pero como la guerra no se aviene á mi carácter deo que esa costumbre de verter sangre la describa otro. [...] Que escriba sobre sangre, el que sea tan desnaturalizado que pretenda educar para la sangre una juventud que debe tener otro destino (1859, p. 9).

También establece algunas limitaciones respecto de las posibilidades de mejorar la condición humana mediante la educación o la literatura. Para este autor, la bondad o la maldad son innatas:

[] Las costumbres se adquieren, pero las virtudes no [...].

[...] Creo que la educación no mejora al hombre sino que lo hace más disimulador [...]. Y entiéndase bien que yo no cuestiono la influencia benéfica de la educación, pero la limito á dar vida propia, por decirlo así, á dar organización á esos gérmenes del bien diseminados en el corazón del hombre: para el que nace pícaro la educación es impotente; solo hace que sepa hacer ó encubrir mejor sus bribonadas (1859, p. 10).

La educación tampoco ha sido apropiada para alertar acerca de la “relajacion de costumbres del viejo mundo” al que los americanos han tomado como modelo, ni para fortalecer el espíritu ante tales tentaciones. A este problema se suma otro inconveniente, también *genético*: “El mal fascina y es siempre mas facil de seguir”. Contra esta tendencia innata hacia el mal, sí puede actuar la educación, siempre y cuando se respete el ritmo natural que tienen los pueblos en su desarrollo civilizador: “Quisimos imitar el modo de ser de sociedades decréptas, sin pasar como ellas habian pasado, por todos los escalones de la vida, adquiriendo como ellas en cada escalon, un caudal de esperiencia suficiente para resistir á los vaivenes” (1859, p. 10). Según Blanco, el escritor de costumbres tiene la función social de poner de relieve “esos males propagados ya”, aunque sea muy difícil extinguirlos: “No se salvarán los que han caido, pero retrocederán los que caminan” (1859, p. 10).

Finalmente, el novelista aclara que en sus textos ha combatido al que considera el peor de los elementos de la sociedad: el egoísmo; y justifica esta postura en fundamentos religiosos:

¿Qué seria del hombre sin el concurso del hombre?... La humanidad entera está vinculada por un deber sagrado – la proteccion al desvalido: – asi lo enseñan las teorías religiosas de todas las sectas del universo y el catolicismo mas que cualquiera de ellas. [...] Esa hermandad, ese vínculo está en las leyes mismas de la naturaleza [...]; esa hermandad, esa proteccion es la vitalidad de la sociedad humana, y sin ella nada noble, nada grande, nada bello se produciria en el universo (1859, p. 10).

Blanco encabeza un grupo de novelistas preocupados por mejorar la sociedad argentina desde una perspectiva menos política (o sea, menos liberal) que la de López, Mármol o Mitre. Algunos – como el propio Blanco, Carlos L. Paz, Ernesto Loiseau, Tomás Giráldez, Fortunato Sánchez (“F.A.S.”) y Ramón Machali (“R. el Mugiense”) – defienden los principios católicos; otros –con Francisco López Torres a la cabeza– se manifiestan anticlericales pero cristianos. Todos coinciden en proponer un modelo social basado en la familia y en los valores morales. Como ya hemos explicado en otro artículo:

Analizando las estructuras narrativas de la novelística en su conjunto podemos observar que las acciones principales se organizan recurrentemente alrededor de una oposición de índole moral: *lealtad/ traición*. Lealtad que es fidelidad en el amor, respeto por los padres, responsabilidad hacia los hijos, lealtad con los amigos, patriotismo, gallardía en la defensa de la justicia y de la libertad, fe en Dios, caridad con el pobre, cumplimiento de la palabra empeñada, obediencia ante el amo, mesura en el uso de los bienes propios y escrupulosidad en la guarda de los bienes ajenos; lealtad que, en definitiva, es la expresión de un espíritu

amoroso que venera la vida (se es fiel a aquello que se ama) y, por ello, el fundamento de la dignidad personal. Su opuesto, la traición, se manifiesta a través del adulterio, el abandono de padres, hijos y cónyuges; la inconstancia y la coquetería; mentiras, robos y estafas; cobardías y engaños de todo tipo; violaciones, delaciones, homicidios, suicidios y abortos, abusos de poder político o eclesiástico; es decir, traición como odio y muerte (MOLINA, 2010, p. 202).

Esta escala de valores dicotómica condiciona la estructura diegética. En casi todas las novelas, tras el avance momentáneo del polo negativo –sobre todo por acciones de venganza (reclamo violento de lo que se cree propio, que genera separaciones y dolores en las víctimas) –, la secuencia narrativa se resuelve favorablemente para los protagonistas: se restablece la justicia, la familia dispersada se vuelve a reunir, los antagonistas arrepentidos reciben el perdón evangélico. El orden social, basado en el respeto mutuo, las normas morales y las leyes civiles, es finalmente restaurado. La civilización se impone sobre la barbarie.

Estas recurrencias estructurales y axiológicas diluyen las peculiaridades argentinas de las costumbres y de las situaciones planteadas, y le dan la razón a Heraclio C. Fajardo (conocido sobre todo por ser traductor de novelas y por la dirección de las revistas *El Recuerdo* y *El Estímulo*), quien opina que no existen “*literaturas propias*” porque “toda literatura debe tener por fin fundamental universalizar los eternos principios de moral, de justicia y de libertad, que son unos en todas partes”, si bien puede haber diferencias formales y de “colorido” entre la literatura de diversas regiones (1865). Coincide con Blanco en juzgar que los argentinos se caracterizan por calcar lo europeo y por ello duda de que se pueda hablar de “literatura nacional”. Para él, esta sociedad tiene muy pocos elementos originales: solo el gaucho y el indio.

Prueban estas aseveraciones de Fajardo las novelas que denuncian las injusticias que padecen los habitantes de la pampa: *El médico de San Luis* (1860) y *Pablo o La vida en las pampas* (1869, 1870), de Eduarda Mansilla de García (“Daniel”); *Emilia o Los efectos del coquetismo* (1862), de Ramón Machali (“R. el Mugiense”); *Gubi Amaya: Historia de un salteador* (1862), de Juana Manuela Gorriti; y *Aventuras de un centauro de la América meridional* (1868), de José Joaquín de Vedia. De modo similar, Tomás Gutiérrez expone los problemas que padecen los niños abandonados, en *La maldición o El compadrito (Páginas literarias)* (1859); Gorriti, los abusos de los antiguos conquistadores españoles en *La quena: Leyenda peruana* (1851) y *El tesoro de los Incas: Leyenda histórica* (1865); y Juana Paula Manso de Noronha, las injusticias del sistema esclavista brasileño en *La familia del Comendador* (1854).

En verdad, el debate de fondo no gira en torno a las posibilidades de nacionalizar las costumbres a través de la literatura, sino que se centra en la sociedad ideal a la que se desea pertenecer, es decir, la que todavía no existe plenamente porque está siendo construida paso a paso. Y porque el referente es más futuro que presente, la novela-espejo refleja pocos elementos reales, pero muchos ideales, por lo que la representación de la realidad no es nítida; en consecuencia, se diluye la capacidad formadora atribuida al género. De hecho, son escasas las novelas de este período que han trascendido la historia literaria. No obstante, creemos que el esfuerzo de aquellos novelistas pioneros merece este reconocimiento.

NOTAS

- 1 Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo. Investigadora del Conicet. Profesora Titular de Metodología de la Investigación, Facultad de Filosofía y Letras (U. N. de Cuyo - Argentina). Miembro del Comité Académico y Profesor Estable de la Maestría en Literatura Argentina Contemporánea.
- 2 El número I del tomo II (del 15 de octubre de 1838) está integrado en su totalidad por narraciones novelescas, sentimentales o históricas. Téngase en cuenta, además, que en el último número de *El Iniciador* (t. II, nº 4, 1º de enero de 1839) se edita íntegramente el “Código ó declaración de los principios que constituyen la creencia social de la Republica Argentina. Introduccion. Palabras Simbólicas de la fe de la Joven Generacion Argentina” (*El Iniciador*, 1941, pp. 421-441).
- 3 En esta y en todas las demás citas respeto la grafía del original.
- 4 Esta metáfora es una analogía “constitutiva” porque proporciona “el plano o trazado y los elementos estructurales” de esa teoría literaria (ABRAMS, 1962, p. 52).
- 5 Un espejo cóncavo es como el interior de un cucharón. Si colocamos un objeto frente a él, se verá reflejado pero no con la fidelidad de un espejo plano: la calidad de la imagen dependerá de la distancia entre el objeto y el espejo. Si los alejamos, el objeto se verá más borroso, más pequeño e invertido. Si los acercamos, el objeto se verá más grande, también invertido, pero la imagen quedará mejor definida. Sólo si aproximamos aún más el objeto al espejo, aquél formará una imagen derecha, mayor, pero virtual, porque estará situada detrás del espejo. Advértase que las características de la imagen producida por el espejo dependen de las decisiones que tome el físico: según qué imagen quiera obtener será la distancia a la que coloque el espejo.
- 6 He modificado esta oración para hacerla inteligible. El original dice: “Es allí donde pensamos á llevar nuestros lectores”.

REFERENCIAS

- ABRAMS, M[eyer]. H[oward]. *El espejo y la lámpara: Teoría romántica y tradición crítica acerca del hecho literario*. Trad. de Gregorio Aráoz. Buenos Aires: Nova, 1962.
- BLANCO, Ángel Julio. "[Dedicatoria al] Señor D. José Manuel Lafuente". En: *Museo Literario: Periódico semanal de literatura en general, teatro y modas*. Carlos L. Paz y Lisandro Paganini, eds. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1859, p. 9-10.
- CURIA, Beatriz. "Miguel Cané, (1812-1863), primer novelista argentino". En: *Decimonónica*, vol. 4, nº 1, invierno de 2006 (a). En línea. <http://www.decimonica.org>
- _____. "Nosotros y los *de extranjeris*: La identidad como programa; Homenaje a Esteban Echeverría en el bicentenario de su nacimiento (1805-2005)". En: *Revista de Literaturas Modernas*, n. 36, 2006 (b), p. 79-99.
- ECHEVERRIA, Esteban. *Obras completas*. Comp. y biografía de Juan María Gutiérrez. 2ª ed. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1972.
- El Iniciador*. Ed. facsimilar. Est. preliminar de Mariano de Vedia y Mitre. Buenos Aires: Kraft, 1941.
- FAJARDO, Heraclio C. "*Laurindas*. (Poesías de L. Lapuente)". En: *La Tribuna*, Buenos Aires, 24 de junio de 1865.
- GONZÁLEZ ALCÁZAR, Felipe. "Teorías sobre la novela en los preceptistas españoles del siglo XIX". En: *Dicenda: Cuadernos de Filología Hispánica*, n. 23, 2005, pp. 109-124.
- GUTIÉRREZ, Tomás. "Carlota ó La hija del pescador". En: *La Tribuna*, Buenos Aires, 19-20, 21, 23, 24, 25, 26-27, 28 de abril de 1858, folletines.
- La Moda: Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres; 1838*. Ed. facsimilar. Pról. y notas de José A. Oría. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1938.
- LÓPEZ, Vicente Fidel. Cuaderno de apuntes. Colección de los López. Archivo General de la Nación, Buenos Aires. Doc. 5451.
- _____. *Curso de Bellas Letras*. Santiago de Chile: Imprenta del Siglo, 1845.
- MITRE, Bartolomé. *Soledad: Novela original*. Nota preliminar de Juan Milléy Giménez. Publicaciones del Instituto de Literatura Argentina, Sección de documentos, serie 4ed. – Novela, I.4. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1928, p. 89-168.
- MOLINA, Hebe Beatriz. "Un nacimiento acomplexado: Justificación de la novela en el contexto decimonónico argentino". En: *Alba de América*, vol. 25, n. 47, 2006, p.
- _____. "Las novelas prospectivamente históricas (en la década de 1850)". Ponencia expuesta en el III Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza, 3, 4 y 5 de octubre de 2007.
- _____. "Una poética argentina de la novela: Vicente Fidel López (1845)". En: *Hofstra Hispanic Review*, nº 8/9, Summer/verano - Fall/otoño de 2008 (a), p. 18-32.
- _____. "Vaivenes de la novela argentina: Entre la teoría, la escritura y la recepción (1838-1872)". En: *Decimonónica*, vol. 5, nº 2, verano de 2008 (b), pp. 33-48. En línea: <www.decimononica.org>
- _____. "De la nación soñada a la sociedad real según las novelas argentinas de 1860". En: *Palabra y Persona*, 2º época, a. V, nº 8-9, *Capítulos de dos siglos, 1810-2010*, abril de 2010, pp. 187-208. Disponible también en <www.editorialteseo.com/archives/2665>.
- PÉREZ, Alberto Julián. *Los dilemas políticos de la cultura letrada (Argentina – Siglo XIX)*. Buenos Aires: Corregidor, 2002.

UNZUETA, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima - Berkeley: Latinoamericana Editores, 1996.

_____. "Soledad o el romance nacional como folletín: Proyectos nacionales y relaciones intertextuales". En: *Revista Iberoamericana: Cambio cultural y lectura en periódicos en el siglo XIX en América Latina*, vol. LXXII, n. 214, enero-marzo de 2006, p. 243-254.

VAN TIEGHEM, Philippe. *Pequeña historia de las grandes doctrinas literarias en Francia*. Trad. de Jean Catrysse. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1963.

VERDEVOYE, Paul. *Literatura argentina e idiosincrasia*. Pról. y edición de José Isaacson y Beatriz Curia. Buenos Aires: Corregidor, 2002.

WEINBERG, Félix. *El Salón Literario de 1837: Con escritos de M. Sastre – J.B. Alberdi – J.M. Gutiérrez – E. Echeverría*. 2.ed. Buenos Aires: Librería Hachette, 1977.

Data de recebimento: 12/08/2010

Data de aceite para a publicação: 10/10/2010.

SOBRE A AUTORA:

Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo. Investigadora del Conicet. Profesora Titular de Metodología de la Investigación, Facultad de Filosofía y Letras (U.N. de Cuyo). Miembro del Comité Académico y Profesor Estable de la Maestría en Literatura Argentina Contemporánea. Co-dirige con Beatriz Curia, el proyecto "Rescate del patrimonio literario argentino: edición de textos deficientemente editados o inéditos. La realidad del país a mediados del siglo XIX: contraste de voces en la narrativa romántica"; por el cual han editado *María de Montiel: Novela contemporánea (1861)*, de Mercedes Rosas de Rivera (Teseo, 2010). Publicaciones: *La narrativa dialógica de Juana Manuela Gorriti* (tesis doctoral, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 1999); co-autora de *Literatura de Mendoza: Espacio, historia, sociedad*, 3 vol., Gloria Videla de Rivero (Coord.) (Celim, 2000-2003) y de la edición anotada de *Lucía Miranda (1860)* de Eduarda Mansilla (Iberoamericana-Vervuert, 2007), dirigida por María Rosa Lojo; coeditora de *Poéticas de autor en la literatura argentina (desde 1950)*, dirección de Gustavo Zonana (2 vols., Corregidor, 2007 y 2010); y numerosos artículos referidos sobre todo a la literatura argentina decimonónica. De próxima aparición por Corregidor: la edición anotada de *Cuentos (1880)*, de Eduarda Mansilla.